

(Transcripción)

Rocca di Papa, 23 de noviembre 1973

La Madre. María, la Desolada

Recordemos y comentemos ahora el sencillo episodio de la desolación de María, narrado en el Evangelio.

Cuando Jesús, indicando a Juan, le dice: "*Mujer, aquí tienes a tu hijo*" (Jn. 19, 26), esas palabras suenan en María como una sustitución. María pasa la prueba de no ser más la madre de Jesús. Es el momento en el que María devuelve a Dios la maternidad divina que le había dado. Es un "sí" diferente al primero. Con el primero, en la anunciación, ella, consagrada virgen a Dios para toda la vida, parece que tiene que cambiar sus planes. Y ser madre, aún permaneciendo virgen.

Con el segundo "sí", a los pies del Calvario, renuncia a la maternidad divina y sólo así es madre de todos. Adquiere la maternidad divina de un número infinito de hombres renunciando a la maternidad divina del primer hijo.

Pío XII confirma nuestro modo de ver a María: "(...) Ella estuvo estrechamente unida a su Hijo, lo ofreció al Padre en el Gólgota, haciendo holocausto de todos los derechos maternos y de su materno amor... Aquella que en cuanto al cuerpo era la Madre de nuestra Cabeza, llegó a ser, en cuanto al espíritu, Madre de todos sus miembros"¹

Y el dolor que habrá probado María cuando Jesús gritó: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?", no se puede imaginar. Porque era cuando ella hubiera querido estarle más cerca, pero ya había renunciado a todo privilegio materno. Ella no tenía ningún derecho por haber sido su madre. Y, cuando Jesús le indica otra maternidad, no pudo ni lamentarse, ni inmutarse. Jesús, por ello, en aquel momento no tenía ni madre, ni Padre. Era la nada nacido de la nada.

Y María también estaba suspendida en el vacío. Su grandeza había sido la maternidad divina. Ahora, parecía que se la quitasen. Por eso la Desolada en aquel instante - por voluntad de Dios - parece que no participa en los dolores del Hijo, en la obra de la redención. Parece separada del Hijo que, solo, se ofrece por todos, incluida ella. Pero, al mismo tiempo, participa en todo con una intensidad impensable, diríamos, infinita. Es justamente en aquel momento que llega a ser madre nuestra.

"Les aseguro que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto" (Jn. 12, 24) dijo Jesús hablando de sí mismo, antes de la pasión. Si moría un Hijo de Dios, era para dar la vida a muchos hijos de Dios, aunque lo sean de una manera distinta. También María nos pagó. Y, por Jesús que donó, no puede recibir en cambio muchos otros Jesús a medias, sino "otros Jesús auténticos con su luz y con su amor, como El. "Ámalos, cómo tú me amaste" (cf. Jn. 17, 23).

Orígenes, que fue el primero que le dio a María el título de Madre de los hombres, además de Jesús, dice: "María (...) no tuvo otro hijo más que Jesús y Jesús dice a la madre: 'Aquí tienes a tu hijo'. No dice: 'Éste es tu hijo'; sino: 'Éste es Jesús que tú has engendrado". De hecho, quien es perfecto ya no vive para sí mismo, sino que en él vive Cristo, y ya que Cristo vive en él, se dice a María, de él: 'Aquí tienes a tu hijo, Cristo'².

En la desolación María, por haber perdido espiritualmente la maternidad divina, llega a ser, en cierto modo, o mejor dicho, pasa la prueba de ser una simple mujer como las demás y no la criatura

¹ Pío XII, *Encíclica Mystici Corporis*, 29 de junio de 1943.

² Cf ORIGENES, *Comm. In Johannes* 1,6: PG 14,32.

revestida del título, que es en realidad, de Madre de Dios. Allí es sólo mujer, por así decir, así como Jesús en el abandono parece simplemente hombre y no Dios.

Pero existe una diferencia entre los dos abandonos paralelos, de la pasión de Jesús y de la pasión de María. Jesús, en el abandono está solo, María está con un hijo. Es más, del modo como Jesús dice las palabras: "Mujer, aquí tienes a tu hijo" (Jn. 19, 26) y al discípulo: "Aquí tienes a tu madre" (Jn. 19, 27), se comprende inmediatamente que no se trata sólo de un amor filial, de Jesús hacia la madre, o protector hacia Juan. No; estas palabras tienen un timbre especial como aquel, por ejemplo, con las que Jesús funda su Iglesia. Ellas constituyen una realidad. En aquel momento a María se le confía, en la persona de Juan, la Iglesia como hija suya; y la Iglesia, en Juan, recibe a María como Madre.

Juan XXIII afirma que "justamente en el Gólgota, el Redentor decretó, como testamento supremo, que su Madre sería también la Madre de todos los redimidos: "Ecce Mater tua"³ (5).

Si leemos después la frase que sigue: "Y desde aquel momento el discípulo la recibió en su casa" (Jn. 19, 27), vemos cuál es la tarea de la Iglesia y de cada cristiano: llevar a María a casa, vivir con María, ir a Cristo con María, a través de María, porque María es Madre espiritual, o sea, Madre que alimenta a los cristianos ayudándolos a crecer como hijos de Dios.

Jesús en la cruz podía muy bien decir a Juan: "Juan, con mi pasión yo te libero, yo te redimo". En cambio Jesús, en el momento en el que nos redimía, nos entregó a María. Después de entregarnos a María, no existe ningún otro camino para aprovechar la redención que hacer la voluntad de Jesús: llevar a María con nosotros y, a través de María, llegar a Jesús: "Y Juan la recibió en su casa".

Este idea revoluciona, creo, nuestra vida como cristianos.

A María la amamos, la invocamos, usamos sus imágenes para adornar nuestra casa. En su honor se construyen iglesias y monumentos. En fin, está presente en la Iglesia católica y en otras Iglesias, y en el corazón de los fieles. Pero ¿quién piensa en el deber de "recibirla en su propia casa" como hizo Juan y de habitar con ella para que nuestro desnutrido cristianismo sea alimentado por una Madre tan grande, sea iluminado por sus consejos y acompañado por Aquella que es la perfección suprema de la realidad de madre que muchos, incluso ancianos, en el lecho de muerte invocan?

Debemos, por lo tanto, hacer una revolución: nuestra casa no debe ser más nuestra casa, sino la casa de María; y debemos vivir con ella para saber cómo Jesús quiere que seamos.

³ JUAN XXIII, Audiencia general, 9 de septiembre de 1961.